

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 24 del Tiempo Ordinario))

“En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: “Señor, si mi hermano me ofende, ¿Cuántas veces le tengo que perdonar?, ¿hasta siete veces?. Jesús le contesta: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”.

El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero , al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: “Págame lo que me debes”- El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: “Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo:” ¡Siervo malvado !. Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?. Y el señor indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano”.

(Mt. 18, 21-35)

La Palabra nos presenta, en este texto de Mateo, una realidad básica en el dinamismo evangélico: el perdón. Es necesario vivir y expresar el perdón, para ir avanzando en ese proceso evangelizador hacia un mundo hermanado. La Palabra nos ofrece un diálogo muy clarificador entre el impulsivo Pedro y Jesús. Pedro, que, en su deseo de cumplir la llamada de Jesús al perdón, quiere tener muy claro cuál es el límite de su responsabilidad de perdonar, le pregunta a Jesús, “¿Cuántas veces he de perdonar?, ¿hasta siete veces? Y Jesús, desbordando Misericordia, le responde con la generosidad de su mensaje: “Hasta setenta veces siete”.

A Pedro y a todos nosotros, la Palabra nos vuelve a repetir, que el perdón es y tiene que ser una actitud permanente en sus seguidores. Nos vuelve a mostrar que es la misma Misericordia de Dios, la que nos envuelve en su perdón y nos impulsa a vivir esa misma actitud, para con los demás.

Que sintiéndonos perdonados, nos abramos al perdón que comprende, acoge, justifica, libera. Y que vivamos el perdón como núcleo evangélico de fraternidad, como expresión del Reino, como camino de reconciliación entre los hombres y entre los pueblos.

ORACIÓN

En silencio,
contemplando la realidad
de un mundo herido en su propia vulnerabilidad.
de una sociedad agresiva e injusta
que discrimina y excluye,
de unas relaciones rotas
por egoísmos y rivalidades,
necesito Señor, que tu Palabra y tu Presencia
se hagan luz y serenidad en mí,
para vislumbrar qué podemos hacer
ante este mundo roto.

Y tu Palabra me responde
invitándome a que me adentre
en el misterio del perdón,
que me abra a la posibilidad de reconciliación,
al horizonte siempre nuevo
del abrazo y el encuentro
entre todas las personas.

Agradezco tu Misericordia
que me regala el perdón,
y que espera que lo ofrezca al hermano
no una vez,
sino hasta “setenta veces siete”.
Y en el silencio
lleno de tu presencia
escucho de nuevo tu voz:
Reconcílate contigo misma,
reconoce tu error,
descubre y pon nombre
a todo lo que necesitas modificar
y, siéntete libre
para seguir caminando.

Comienza cada día,
ábrete a un horizonte siempre por estrenar.

¿Por qué sintiéndome perdonada,
me sigue costando tanto perdonar?

¿Por qué aún guardo
rencores y resentimientos?,
¿por qué aun descalifico, silencio, juzgo,
con la parcialidad subjetiva
que brota de un corazón herido?
¿Por qué no me dejo transformar
por tu Palabra,
para que se renueve en mí
la fuerza dinamizadora del perdón?

Y en el silencio
lleno de tu presencia
escucho de nuevo tu voz,
percibo tu mirada compasiva
que me renueva y me recrea,
suscitando en mí el deseo
de acercarme al otro
sin prejuicios, sin etiquetas,
sin rencores.
De acercarme a él, una y otra vez,
con una mirada nueva,
una mirada que justifique,
que comprenda,
que libere,
que borre desconfianzas,
que abra puertas
y tienda puentes.

¡Deja, Señor, fluir en nosotros,
la fuerza dinamizadora
de tu Misericordia.
Que nos vaya conduciendo
hacia ese mundo hermanado
por el perdón y la reconciliación.

Amén

(F. Oyonarte, hcsa)

